



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 11975

PREMIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

JUEVES 10 DE OCTUBRE DE 1901

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Casimiro 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

No nos conviene

Cuando creíamos que á causa de las amputaciones sufridas por España al arrancarle sus colonias se había empequeñecido hasta el punto de que ninguna nación la consideraría como factor internacional, resulta lo contrario, pues á medida que se ha ido reduciendo va desempeñando superior papel.

No sabemos si á la hora en que escribimos se habrá fijado nuestra suerte ó si estaremos para oír proposiciones de alianza; pero si estamos penetrados de que no nos conviene algo de que se hace eco la prensa de Londres y que de ser aceptado por España equivaldría á que ésta diera un salto en las tinieblas.

Persiguen á todo trance esos periódicos la alianza de su país y el nuestro, é insinúan para despertar el apetito de los españoles la probable devolución de Gibraltar y el permiso de invadir á Marruecos.

Claro está que ni una ni la otra cosa las harían de valde los ingleses. La entrega del Peñón no sería gratis, sino á cambio de compensaciones, que podrían ser Ceuta, Melilla y demás posesiones españolas del Norte de Africa, que valen menos que el Peñón bajo el punto de vista patriótico, pero no bajo el de la conveniencia. En esto los ingleses prueban una vez más que caen siempre del lado práctico en todas las cuestiones; y si ahora les ha dado por acribillarnos, como les dió no há mucho tiempo por ayudar á nuestras desventuras, no es por cariño ni por simpatías, sino por lo que le haría ganar nuestra alianza.

Por lo que respecta á Marruecos, Inglaterra no las tiene todas consigo. El avance paulatino de Francia en el continente negro; el asunto de Fashoda que pone de manifiesto sus acariados propósitos; la probable invasión del imperio

marroquí por la Argelia y el temor de que, engraida por sus triunfos, se atreva un día á matar la influencia de la Gran Bretaña en Egipto, la tienen preocupada en la solución de ese gravísimo problema, que puede resolverse en su daño si con eficacia y diligencia no hace entrar en juego un nuevo factor que tenga influencia bastante para darle solución distinta.

Ese factor que Inglaterra necesita es España. Metiendo á esta en la aventura de Marruecos, Francia le daría que vigilar á un enemigo inesperado, tanto más temible cuanto más cerca lo tuviera. Y mientras la Gran Bretaña seguiría apoderada de una parte del Estrecho, libre de las preocupaciones que le inspira la suerte del Peñón, España se encontraría en Africa, con la manta liada á la cabeza, frente á la alianza franco-rusa, en lucha con ella, corriendo la aventura más desesperada de todas las en que se habría metido desde que se constituyó.

No está mal pensado por los que proponen el asunto. Antes de ahora, cuando D. Quijote andaba suelto por España y el señor Gosta no había cerrado con doble llave el sepulcro del Cid, la oferta de devolvernos Gibraltar nos hubiera hecho perder el juicio; pero ahora, sin que se haya entibiado nuestro patriotismo y sintiendo enrojecidas las mejillas al ver un pedazo de tierra española coronada por un pabellón extranjero, hemos aprendido á enfrenar el deseo y á poner el pensamiento sobre el corazón.

Desde luego no nos conviene la aventura con que nos brinda la prensa de Londres, y no creemos que haya ningún político español tan arrojado que se embarque en ella.

TIJERETAZOS

El Ejército Español aboga por que se forme una partida mixta de exploradores y co-

lonos con destino á las nuevas posesiones del río Muni, en la costa occidental de Africa.

Hombre, sí; á ver si alguna vez nos sirven para algo las colonias.

Porque con los procedimientos seguidos hasta aquí solo hemos logrado un resultado triste.

Perderlas.

Dice un periódico militar italiano que las tierras del Africa esperan la civilización europea que transformará los vastos arenales y los insalubres bosques del continente.

Las tierras del Africa esperan muchas cosas.

Entre otras un diluvio de sangre que marcará el paso de la civilización.

Deje el colega que metan la mano en la olla grande,—que no otra cosa parece el continente negro según los apetitos que despierta—y verá lo que es bueno.

Francia, Inglaterra, Rusia, Italia, España...

¡Hasta los Estados Unidos quieren meter la sopa!

Y no va á ser fácil comerla con tranquilidad.

Porque á la comida va á preceder una de ostacazos que va á formar época.

Ahí está en la mesa ese primer plato que se llama Marruecos sin que haya nadie decidido á probarlo.

El *Diario de la Marina* habla de un enano filipino que resulta un héroe.

Es un soberbio guerrillero que se ha dedicado á la especialidad del centinela.

Durante la guerra con los yanquis llevaba matados cien.

El enano mide solo treinta y seis pulgadas y en la escaramuza ha caído con trampa, como un pajarillo.

Y vean ustedes lo que son los yanquis.

En vez de fusilarlo, lo embarcaron para los Estados Unidos y lo permiten que se exhiba por dinero.

¡Quién le había de decir á ese monigote que en caer prisionero estaba su suerte!

LA PRUEBA DEL PIANO

Nuestra buena fortuna nos llevó anoche á la calle Mayor de los Molinos, donde á poco de entrar quedamos sorprendidos por los acordes de un piano que sonaba á nuevo.

A juzgar por la clase de música que se ca-

capaba de él y por la perfección con que era ejecutada, lo tocaban manos expertísimas.

Y así era en realidad. La ejecutante era la distinguida profesora de piano Doña Matilde Palmer, de Madrona. El piano era nuevecito, flamante, de marca acreditada, y bien lo daba á conocer el hermoso concierto de Mendelssohn que en aquél instante gemía en el piano.

Aprovechando la amistad que nos unía con el esposo de la citada profesora, en cuya casa sonaba el piano, pudimos asistir á una fiesta musical celebrada para probar el citado instrumento.

Asistían á él contadas personas: el general de la armada D. José Martínez Illescas y familia; el capitán de Infantería de Marina D. Luis Albalá, su señora y su hija que es una esperanza del arte musical; el capitán del mismo cuerpo D. Juan Reyes y señora; el ilustradísimo comandante de Infantería D. Francisco Subirana que entiendo de ciencia tanto como de milicia y de arte tanto como de ciencia; el comandante retirado D. José Lorente; el doctor en medicina y farmacia D. Joaquín Sancho del Río y don Ricardo Basilio: un puñado, en fin, de aficionados á la buena música, que tuvieron la satisfacción de oír un concierto inespereado, compuesto de obras de maestros tan eminentes como Mendelssohn, Beethoven, Weber y Rossini.

Aparte la señora Palmer, hicieron música sus discípulas las señoritas Paquita Albalá y Conchita Martínez Illescas. La primera nos hizo oír la «Serenata de Beethoven», ob. 8.ª, ejecutada con singular maestría y el «Andante de la sonata Pastoral ob. 28.» del mismo autor. La segunda nos hizo conocer también sus habilidades, ejecutando distintas obras de los maestros citados, sola ó acompañada de su distinguida profesora.

Aparte las obras mencionadas, tuvimos el gusto de escuchar el «Septeto de Beethoven ob. 20.»; el «Concertino de Weber ob. 67.»; la «Sinfonía de Semiramis» de Rossini y el «Allegro y andante de la sinfonía en La mayor de Mendelssohn» todas las cuales fueron muy aplaudidas.

La fiesta resultó agradabilísima, no faltando en ella los obsequios naturales en todo acto de inauguración, pues los esposos Madrona obsequiaron á sus amigos con dulces y champagne.

PODER NAVAL DE INGLATERRA

La supuesta declinación del poder naval inglés, es objetivo principal de todos los técnicos extranjeros. Efecto reflejo de los desgraciados resultados de la guerra del Transvaal, la inició Bawlas con el asunto Gibraltar, la acentuó el Gobierno inglés por el papel secundario que se avino á representar en China; la discusión del presupuesto 1901-1902, la puso de manifiesto y ya manoseado, criticado y discutido por propios y extraños, el poderío antes indiscutible del mar, ha venido á ser tema para todas las plumas.

Claro es que la pasión y móviles indirectos las guían más de una vez en sus acertos; pero... algo de verdad indiscutible hay en el fondo de todo este problema, y la discusión en el seno de la *Navy League* y los discursos de Mr. Seymour y Mr. White, que tras de demandas de más material, mejor organización, más personal, débiles reservas y más apresto, siempre dispuestos para el combate, terminan con frases como la que hace White al evocar recuerdos recientes. «Aquel Ejército, que era orgullo nuestro, fué batido en 1899. El enemigo era despreciable según algunos. No pudo dársele humanamente más medios de victoria.

Toda clase de recursos fueron suyos. Nuestras escuadras lo auxiliaron, protegieron su embarco, lo aseguraron idá travesía y cubrieron su retirada y comunicaciones; hombres, dinero y directores inteligentes, todo se agotó... En la guerra naval de mañana, si nuestra escuadra es batida, no hay tiempo de ir á buscar á su enemigo Lord Roberts, ni de traer refuerzos de la América del Sur, ni de organizar nuevas escuadras, como hoy batallones, ni de apelar con golpes de bombo al patriotismo; ni de levantar Yeomanry... porque el distintivo de la guerra marítima hoy es la rapidez y si no, dígalo el telegrama aquel de Manila sobre la escuadra española...

Desgraciado del país que no tenga sus fuerzas navales siempre preparadas y sus buques hasta pintados para el combate... no habrá tiempo de darles la mano de pintura guerrera, ni aprovisionarlos, ni quitarles los mamparos de madera. Sino están listos, listos á todo..., vendrán otros «Sturmberg», otros «Magarsfontain» y otros «Colonso» marítimos.

recobrado la razón. La imprevista y violenta sacudida producida por la vista de Schwarz, había ayudado á despertar aquella mente adormecida, que comenzó á pensar. Una cosa únicamente no podía explicarse: si su esposo se llamaba Schwarz ó Potkanski, de qué modo aquellas dos fisonomías se habían confundido y entrelazado en su cerebro. Este fué el último resto de su locura, pero bien pronto hasta este desapareció, y la luz de la razón vino á iluminar completamente las tinieblas de su espíritu.

Sintió entonces un vivo deseo de volver á ver á Schwarz, y suplicó á Gustavo, que en vano probó de disuadirle. Con anhelo inquieto, la vida esperaba la noche que le ofrecía la fusión de la pasada felicidad; no buscaba Elena á Schwarz, sino al recuerdo que éste le sugería, y por eso se le hizo indispensable. Lentamente y casi de un modo perceptible, el pasado se confundió con el presente y el sueño con la realidad. Schwarz había advertido aquel lento cambio, y prometió á Gustavo que no volvería á ver á la viuda, y éste iba precisamente á prepararla, á anunciarle la imprevista resolución del amigo.

Elena, ante aquella noticia, levantó las manos y la cabeza al cielo, mientras sus cabellos se movían sobre sus hombros como una onda de oro.

—¿Y dónde podré encontrarle?—preguntó en tono

ojos. Un tal deseo no tiene una exigencia definida, porque no conoce la diferencia entre lo poco y lo mucho, lo quiere todo, hasta allí donde el pudor tiene motivos para enrojecer. Dominado por esta pasión, el hombre se manifiesta al exterior tranquilo y frío, mientras toda su esencia arde, sus propias palabras le asombran, como si fuesen pronunciadas por otro, tiene los ojos bajos, ríe y solloza convulsivamente. Ama, adora é idolatra á la mujer como si fuese un ángel, y desea y quiere al ángel como si fuese una mujer. Eso ocurría á Gustavo, cuando penetraba en aquella estancia. Todos los deseos, todos los anhelos mal reprimidos, se despertaban y se le precipitaban á la cabeza como una bandada de pájaros. La joven se hallaba delante.

La viuda estaba pálida; sus mejillas veíanse ligeramente coloreadas de un rosa que podía ser el reflejo de la luz vespertina. Sobre el fondo luminoso se destacaba con limpidez la pura línea de su perfil. En aquel momento tenía en la mano un espejito con el marco de plata, y estaba ocupadísima arreglándose los cabellos que á olas le rodeaban la pálida frente, y le caían sobre los hombros y mejantes á una cascada de émbar fluido. Saludó á Gustavo con la mano, y una sonrisa apenas perceptible le iluminó el semblante por un segundo.

La viuda, desde ya hacía bastante tiempo, había

jardín. El primero servía de saloncito y el segundo de alcoba. En este último, la parte superior de la ventana era de arco, y los cristales formaban rosas coloradas y azules. En uno de los ángulos había una incógnita cubierta con un tapete de terciopelo, sobre el cual se veían dos retratos con marcos de madera tallada. El primero representaba á un joven de frente elevada, cabellos rubios y de rasgos finos y aristocráticos, era Potkanski; el segundo era la fotografía de la viuda, llevando sobre las rodillas un niño de pechos vestido de blanco.

Delante de las dos fotografías había una corona formada por un ramo de mirto rodeado de flores negras. Al otro extremo de la pieza, y al lado de los ramos, veíanse una cuna, ahora vacía, pero antes llena de gritos infantiles y de carcajadas. La cubierta, verde de la cuna, iluminada por la luz cambiante que penetraba á través de los cristales de colores, parecía que se movía ligeramente, y á veces se habría podido creer que una cabecita blanca empujaba la ropa, y que una cabecita blonda aparecía echando una mirada alegre sobre la madre.

En aquella pequeña habitación reinaba una melancólica tranquilidad. Delante de las ventanas, en el jardín, crecían dos hermosas acacias que llegaban sobre el piso del cuarto una sombra oscura que se